

**PREMIOS DEL VII CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS
“LENTEJA de ORO de la ARMUÑA”**

San Quirico, JUNIO 2006

Obras ganadoras en la última edición del
Certamen de cuentos.



AYUNTAMIENTO DE PARADA DE RUBIALES

SALAMANCA

Reunidos de nuevo en la convocatoria de la nueva edición de los Premios del Certamen Internacional de Cuentos Lenteja de Oro de la Armuña, seguimos trabajando con gran esfuerzo juntos.

Es para mí un honor presentar esta VII Edición del Certamen, fruto del trabajo del último año. Cada año tratamos de mejorar, de incorporar nuevas empresas, instituciones, patrocinadores, personas que nos ayuden a darle mayor difusión y calidad.

Este año nos congratulamos de la presencia de nuevos y destacados miembros en el jurado de los premios, con un gran prestigio en el mundo de las letras, a los que desde aquí quiero dar la bienvenida a este Premio y a este pueblo que los acoge con gratitud. Asimismo, a las instituciones y empresas que participan y hacen posible su organización.

Todos sabemos de las dificultades que supone la organización de un certamen literario de estas características en el mundo rural, pero para nosotros cada nueva edición es un nuevo reto para superar.

Gracias a todos, los que participáis y los que nos acompañáis disfrutando del Certamen.

Pascual García Bermejo
Alcalde de Parada de Rubiales

VII EDICIÓN DEL CERTAMEN
Junio 2006

Composición del Jurado:

Presidente: **D. Pascual García Bermejo**

D. José Luis Roca Martínez
Dña. Asunción Escribano Hernández
D. Ángel Losada Vázquez
D. Andrés Bermejo González
D. Nicolás Borrego Hernández
Dña. Eva Martínez Duque
Dña. Manuela Martín Hernández

Obras presentadas:

Cuentos: 252 narraciones

Ganadores:

Primer Premio: D. Quintín García González
Segundo Premio: Dña. Teresa Núñez González
Primer *accésit*: D. Mariano Velasco Lizcano

ACTA DEL VII CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS "LENTEJA DE ORO DE LA ARMUÑA"

En el Ayuntamiento de Parada de Rubiales, provincia de Salamanca, siendo las 19:000 horas del día 19 de Mayo de 2006 se reúne el jurado del VII CERTAMEN INTERNACIONAL DE CUENTOS LENTEJA DE ORO DE LA ARMUÑA, presidido por el Alcalde-Presidente del Ayuntamiento, **D. Pascual García Bermejo**, y compuesto por:

D. José Luis Roca Martínez
Dña. Asunción Escribano Hernández
D. Ángel Losada Vázquez
D. Andrés Bermejo González
D. Nicolás Borrego Hernández
Dña. Eva Martínez Duque
Dña. Manuela Martín Hernández

Y emite el siguiente fallo:

PRIMER PREMIO. Dotado con 2.500 € y figura conmemorativa del Certamen.

Al relato presentado bajo el título "No me busquéis en la clase de matemáticas" y bajo el lema "*durero*" siendo su autor D. Quintín García González, con domicilio en Babilafuente (Salamanca)

SEGUNDO PREMIO. Dotado con 500 € y figura conmemorativa del Certamen

Al relato titulado "Aquellos días de lluvia" y bajo el lema "Maipú" siendo su autora Teresa Núñez González, con domicilio en Plaza Santa María de la Cabeza, 4 1ºE (Madrid).

El Jurado decide conceder además un **Accésit sin dotación económica con figura conmemorativa** al relato titulado "El Peregrino" siendo su autor Mariano Velasco Lizcano con domicilio en C/ Castellanos, 29 . Alcázar de San Juan (Ciudad Real)

Y para que así conste, lo firman en Parada de Rubiales a 19 de mayo de 2006.

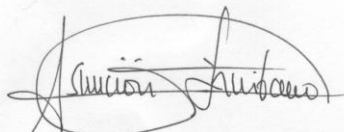
D. Pascual García Bermejo



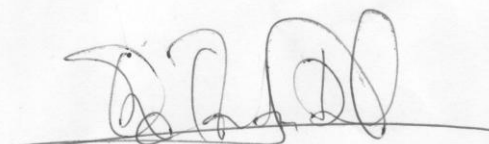
D. José Luis Roca Martínez



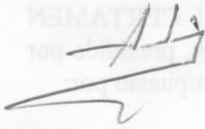
Dña Asunción Escribano Hernández



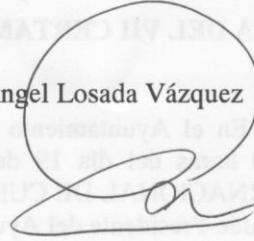
Dña. Eva Martínez Duque



D. Andrés Bermejo González




D. Angel Losada Vázquez



Dña. Manuela Martín Hernández



D. Nicolás Borrego Hernández



No me busquéis en la clase de matemáticas

Lema: *durero*

En mi colegio hay una sala de paredes gruesas y techos altos, muy altos, que antes fue comedor de monjes, según cuentan, y ahora lo han convertido en museo de Arte. Tiene las ventanas subidas allá arriba, con rejas por dentro y por fuera, y pequeñas, por donde apenas cabe el sol. Cuando entras huele muy bien, como a manzanas maduras o a pan. El museo parece un lugar silencioso; pero no, porque está cargado de leyendas y de misterios, sobre todo para un niño retraído como yo (eso pone el Director en las cartas a mis padres) Es un rincón del colegio que me gusta muchísimo, el que más. Lo prefiero al patio donde jugamos al fútbol; y a las clases, claro, a ver. Si me dejaran me vendría a vivir en él: me pasaría el día entero escuchando a la gente de los cuadros y de las estatuas, éstos sí que saben cosas. Ahí aprendería historias de las de antes, que me encantan, porque cada señor te las cuenta sin que se las preguntes, están deseando, y así no te las tienes que estudiar en los libros, tan pesados. Y eso que éste no es un museo muy grande, que el P. Isabelo dice que hay uno en Madrid que es grandísimo, y otro en París, y en Londres, y en más sitios. Y son muy importantes. Cuando sea mayor tengo que verlos. Y conocer sus obras y sus personajes. El de mi colegio no tiene más que unas pocas obras. Pero para mí, de momento, son suficientes, porque como nos traen tan poco, sólo para la clase de Arte, si fueran muchas no llegaría a aprenderme sus vidas.

Dicen los chicos mayores que los cuadros y eso los han juntado aquí los frailes desde diversos conventos antiguos para que no se pierdan cada uno por su lado. O alguien los robe. Eso es mentira. El P. Isabelo nos ha contado en secreto a los de mi clase que los han traído para que nos hagan compañía a los chicos que estudiamos en el colegio, que está en un lugar muy solitario, entre montañas, casi parece el fin del mundo. El pueblo más cercano pillá por lo menos a siete kilómetros. Y no nos dejan ir, sólo el día de la fiesta, a la procesión, y a jugar un partido de fútbol, que siempre les ganamos a los chicos del pueblo. Mejor dicho, les ganan, que yo no juego, dicen los chicos mayores que con este cuerpo esmirriado que dónde voy. Ya, ¡abusones que son ellos! Cogen el balón y uno se la pasa al otro, y el otro al otro..., y tú sin tocarla. Y eso cuando no te dan un balonazo en la cara que ya te puedes ir a lavar con agua fría para que no se te hinche.

Nos dejan salir del colegio también las tardes de los jueves de paseo por la carretera, en filas de a cuatro, al Chandeu, una islota grande en medio del río llena de cerezos y avellanos, un sitio de chupi. El resto de la semana estamos encerrados todo el tiempo en este caserón que parece una fortaleza medieval de las que salen en los libros de la Colección Aventuras. ¡Jolín!, el día entero de clase en clase y de estudio en estudio. Y a rezar, venga a rezar. Y, encima, tener que comerse esa bazofia de garbanzos y alubias pintas que no hay quien pueda. Parecen platos de cemento armao. Y los ponen sin carne ni nada. ¡Dios, acabas hasta las narices!

Menos mal que en el recreo de por la tarde me dejan ir con otros tres chicos a aprender a tocar el órgano. Nos enseña uno que se llama P. Antonio Uría, de dedos largos, largos, y muy finos, que cuando los pone encima del teclado parece que vuelan. A nosotros todavía no nos deja tocar porque dice que el órgano está un poco delicado y que si lo tocamos nosotros lo podemos estropear. Así que nos sentamos en unas banquetas a su lado y vemos cómo mete y saca los registros, cómo zapatea los pedales, que parece que está matando chinches de los del dormitorio. Y nosotros le damos al fuelle y le pasamos las hojas de la partitura, que hay que estar muy atentos porque el hombre va a unas velocidades de

miedo. Y cuando interpreta *La Toccata y Fuga* de J. S. Bach, yo miro para arriba y veo cómo las palomas hacen círculos con las alas entrelazadas y se quedan suspendidas en el aire, sin aletear, a la luz amarilla y azul de las vidrieras, como hipnotizadas por los sonidos que salen de los tubos y trompetas del órgano. ¡Jo!, son momentos divinos. Me entra un gusanillo por todo el cuerpo que se me pone la carne de gallina, de veras. Me quedaría allí todo el tiempo escuchando al P. Uría. Por eso quiero aprender a tocar el órgano como él.

Pero luego otra vez al estudio, que me cansa más que yo qué sé. Para no aburrirme, primero escribo en un cuaderno que tengo sólo para eso lo que me va pasando -es mi Diario, como el de Ana Frank, que me leí el verano pasado, y hemos visto también en una película que yo lloré-, y luego, cuando termino, me pongo con los dos codos apoyados sobre la mesa y las manos sujetando la cabeza sobre el libro. Hago como que estudio, para que me vea el P. Ovidio, pero no estudio, me paso el rato imaginándome cosas, o mirando de reojo a los jilgueros por la ventana, que no hacen más que entrar y salir de sus nidos, como si se rieran de nosotros aquí enjaulados. Te miran y empiezan con sus piídos y risas. Ya me sé tres nidos en los cerezos de la huerta de ahí enfrente. Así me entretengo. Lo malo es que al día siguiente me preguntan en clase y no sé contestar. Y paso vergüenza. Claro, porque nunca nadie me pregunta por las historias de los del museo o de las que yo me he imaginado, que de eso sé más que nadie, o de los colores de los jilgueros. Siempre me preguntan de Matemáticas. Este trimestre las he suspendido. Es que me pilló el P. Enrique, *el Chato*, escribiendo cosas en el Diario y dibujando una carretera que iba hasta mi pueblo por si por fin me escapo, que ya estoy harto. Buena me la armó, ¡vaya voces! Que así, haciendo bobadas, no voy a ser hombre de provecho, dijo. Y me miraba como si yo hubiera matado a alguien. ¡mecagüenlá!, no será para tanto, ya las aprenderé a final de curso, o cuando sea. Me entraron ganas de llamarle cualquier cosa. Pero me contuve, que luego les escriben chivándose a mis padres. Desde entonces le atiendo menos todavía; parece un domador de leones más que un profesor. Que le den... (Ten cuidado, que a lo mejor un chico te coge el Diario en un descuido y lo lee, y se lo entrega al fraile, que aquí hay mucho acusica)

A mí la clase que más me gusta es la de Arte. Nos la da el P. Isabelo, la explica muy bien. Tenemos los lunes a las seis y los jueves a las siete. Casi siempre nos lleva al museo para la clase. Me encantan las historias que nos cuenta de esos personajes que habitan el museo. Ya me las sé casi todas. Mientras él habla, yo miro las figuras de los cuadros o las estatuas, y se mueven, y se dicen cosas al oído para que nosotros no las oigamos. Siento muchas ganas por saber qué se dirán y cómo pasarán el tiempo sin salir nunca. Pero no deben estar mal, porque no se quejan. A ver, no tienen que ir a clase de Matemáticas. Y allí huele a manzanas, no como en los estudios nuestros que huele a chivo, no te digo lo que hay, claro, cien chicos allí encerrados y sudando, que a algunos les huelen los pies que apesta, mecagüenlá. Muchas noches sueño con los del museo. Me he hecho muy amigo de un tal *Jesús Perdido y Hallado en el Templo* que está en un cuadro renacentista venga a relatarles cosas a unos señores mayores con barbas largas y unas tablillas en las manos donde apuntan lo que les dice el *Niño Perdido*. Me he hecho amigo suyo para ver si me deja escuchar lo que les cuenta y porque es de mi edad, más o menos, que esos doctores tienen pinta de ser muy aburridos y de no enterarse de nada. Para el segundo mes del curso ya me sabía la ficha artística de casi todos los personajes del

museo, uno por uno, siglo, autor, escuela, procedencia.... Por eso el P. Isabelo me ha puesto sobresaliente, que es el único que he sacado, que en Matemáticas no apruebo ni con recomendación. Ni en Química, ni en Latín, ni en Gimnasia... Y, encima de que me suspenden, me tengo que quedar el domingo por la tarde sin recreo. ¡Porras!, todo el día te están castigando y mandando los mayores y no puedes hacer nunca lo que quieres, siempre lo que ellos dicen. Qué ganas tengo de ser mayor para que no me mande nadie. Me tienen harto.

Así que el otro día, durante el estudio de latín, todos callados conjugando verbos de la cuarta y yo aburridito como una ostra, me puse a pensar y a buscar una solución porque no quiero seguir aquí. Ya lo tengo decidido del todo. Y la encontré. Pero no se la dije a nadie. Ni al Felisín, el de cerca de mi pueblo. Dejé que pasara el viernes, el sábado, el domingo. Esos días me porté bien, todo el tiempo dándole vueltas al plan en la cabeza. Y cuando llegó el lunes, al terminar la clase de Arte en el museo, me quedé el último disimulando con mi cajita de lápices de colores, como que pintaba, y cuando el P. Isabelo no podía verme por la columna, me subí a una de las hornacinas vacías. Y allí me quedé, tieso, tieso, sin moverme. Apagaron las luces y cerraron la puerta. Al principio qué miedo, no veía nada, ni escuchaba las conversaciones de los del museo. ¡un silencio...! Pasó un rato grande y no vinieron a buscarme; se creerían que me dolía la cabeza y habría ido a acostarme. Y ya empecé a escuchar el murmullo de las conversaciones. Vino un san Pedro bonachón -uno que hay medio llorando, del siglo XVIII, Escuela Vallisoletana- y me dijo que muy bien, que era un chico muy valiente y decidido, que para qué iba a perder el tiempo estudiando Matemáticas y aguantando los castigos de los frailes; que allí, en el museo, recibiría una educación mejor. Me preguntó que quién quería ser en el museo. Y yo le dije que cualquiera, que me daba igual.

Entonces *El Niño Perdido y Hallado en el Templo* se acercó a mi lado y me dijo que si quería ser el *José Vendido por sus Hermanos* de un tríptico muy grande, medio roto, del siglo XV, porque así nos pondrían juntos por la edad, que allí eran muy pocos los niños y había que hacerse compañía, que los mayores aburren mucho. Yo le dije que bueno, que para empezar, vale. Y me pusieron junto a él. Buscaron una túnica larga que me tapara los pantalones cortos y una melena rubia para disimular y que no me conocieran mis compañeros ni los frailes si venían a buscarme al día siguiente. Vinieron. Pero yo disimulé muy bien, puse los ojos así, como si estuviera llorando, porque en el tríptico mis hermanos me estaban vendiendo. Ni los chicos de mi clase me reconocieron. (¡Ostras!, como alguien me lea este cuaderno, y me descubran, se me va a caer el pelo).

Cuando ya dejaron de buscarme se me pasó el miedo. Y empecé a hacer vida normal en el museo. Llamaron a un Faraón que había en un cuadro viejo y roto, que se le salían las tripas por todos los lados, y empezó a darme clases de la historia de Egipto. En los recreos que me daba el Faraón yo iba de cuadro en cuadro y de corro en corro de imágenes, y escuchaba las conversaciones. Todos me recibían muy bien. Me preguntaban si me iba a quedar allí para siempre o sólo para los días de exámenes. Les dije que para siempre. También me preguntaron que qué quería ser de mayor. Yo les dije que a lo mejor podía ser guía para los visitantes -como hace el P. Isabelo- cuando me aprendiese la vida de todos los del museo. Ese sería un cargo bien chuli. Así podría contar historias, que es lo que más me gusta. Y ver a las muchachas del pueblo, y a otras que venían de excursión con su colegio.

Pero había uno que hacía de Director -creo que era un Papa de esos cascarrabias- que en cuanto el Faraón le informó que ya me sabía toda la historia de Egipto y el jaleo familiar de José y sus Hermanos, y cuando más a gusto estaba yo de Primer Ministro comiendo y bebiendo divinamente, me dijo que tenía que escoger otro personaje. Me sentó más mal, pero no tenía más remedio porque aquel Papa mandaba mucho (yo pensaba que en la pandilla de los del museo no mandaría nadie, que se entenderían como buenos amigos, pero qué va. Lo consulté con el *Niño Perdido y Hallado en el Templo*. Decidimos entre los dos ser un angelote de Juan de Juni que andaba por allí suelto, seguramente desprendido de algún paso de la Pasión, porque así, por la edad, seguíamos estando juntos y nos organizábamos para librarnos de esos mandones e irnos a pasear por el colegio y ver a los chicos sufrir en los estudios. Al principio me fue bien. Me sacaban por las calles del pueblo en los carromatos de ruedas a las procesiones de Semana Santa. Con tambores y todo que tenían. Me divertía un montón: por entre los capuchones morados de los señores cofrades, tan serios, yo iba mirando a las muchachas del pueblo. Y les guiñaba un ojo; pero nunca me hacían caso, mecagüenlá. iban todas muy piadosas. Lo malo de este personaje es que tuve que chuparme no sé cuántas clases en latín sobre los ángeles. No entendía nada, porque me las daba un santo Tomás de Aquino medio mudo, serio y rechoncho, que escribía a ratos un libro muy gordo llamado *Summa Theologica*, todo en latín de cabo a rabo. Yo aburridito. Me quería volver a la vida de antes aunque tuviera que comer alubias pintas y aguantar a *el Chato*.

Así que me fui al Director a que me cambiara de personaje. Me dijo que ni hablar, que hasta que no me supiera toda la *Summa* esa tenía que ser el angelote de Juan de Juni. Y que ¡cuidadito!, nada de guiñar el ojo a las muchachas. Me quedé pálido. ¿Cómo se había enterado él? Seguro que se lo había chivado alguien. (¡Ostras!, también en el museo hay chivatos, será algún pelota como el Antonio de quinto que cuando se confiesa cuenta lo de todos) Me encaré con el Director porque él no tenía por qué saber eso.

-¿Y usted qué sabe?- le dije

-Yo lo sé todo, chaval, que para eso soy Infalible- y se quitó de la cabeza un gorro raro que le debía de estar haciendo daño porque era de oro por lo menos y lo tenía calado hasta las cejas.

Más tarde me enteré que lo de las chicas se lo había chivado un tal Judas, que iba en el paso anterior de la procesión, La Última Cena, con la cara vuelta del revés, mirando para atrás, sin estar atento ni querer saber nada de la Cena, claro, porque era un traidor. Pero no me atreví a decirle nada al Judas, menudo es, lo mismo me vende a mí también y acabo dando clases de matemáticas aquí en otro sitio.

Por fin llegó el día del examen sobre los ángeles. Me fue fatal. Empecé a contestar y en seguida me mandaron callar. Un tal Tomás de Torquemada, de ojos sanguinarios, que había en un tapiz que reproducía escenas de la Inquisición dijo que lo que yo contestaba era herejía. Y me suspendieron.

Allí terminó mi carrera de angelote. El Director me castigó a cambiar de oficio, que no me merecía ser un ángel, dijo. ¡Mejor!, ya estaba cansado de salir a las procesiones y pasar frío, ¡para el caso que me hacían las chicas! Lo malo fue que me dieron un papel de diablo medieval, viejo y con cuernos, el rabo quemado por el azufre

del infierno, que antes me causaba mucho miedo cuando las clases del P. Isabelo. Pero me lo dieron -estoy seguro- para separarme de el Niño Perdido. Lo pasé fatal. Él se cogió también una buena llorera. Luego me hice al papel. Por las tardes, cuando venía el P. Isabelo para la clase con los muchachos, yo les hacía figuras raras con el rabo, moviéndolo como si fuera las manos de un payaso. Se partían de risa. El P. Isabelo se volvía y decía "¿quién ha sido?", y expulsaba del museo a uno o dos, o les ponía un cero. Yo me retorcí de risa por dentro. Y cuando venían excursiones de personas mayores me prendía el rabo acercándolo a un foco potente que había debajo. Y salían chispas. Y las señoras se asustaban porque se creían que era el infierno de verdad al ver el rabo chisporroteando. Me lo pasaba bomba. (Anda, ya puedes guardar bien este cuaderno, que como te lo descubran...)

Un día me llamó el Director y me amenazó: o cambiaba de conducta, o me volvía a ser chico del colegio y a dar clase de Matemáticas y a comer los garbanzos con tocino. Otra vez que alguien se había chivado, mecagüenlá. Yo le dije que para qué me había puesto de Diablo, que no es que yo fuera malo, es que tenía que hacer ese papel. El se enfadó mucho y no quiso darme la razón (todos los que mandan se creen que tienen siempre la razón) Y, encima, me quiso castigar a ser El Estilita, una talla de un monje antiguo que estaba todo el día subido en una columna. ¡Jolín!, cualquiera. Menos mal que intercedió el san Pedro bonachón y le convenció al Papa ese y me han dejado ser un pastor barroco del siglo XVII. Es una estatuilla pequeñita, de madera policromada con una cara dulce en pan de oro que me encanta. Para antes de que termine el curso tengo que haber aprendido a distinguir las churras de las merinas, saberme de memoria el mapa de las cañadas en la España del siglo XVII y la historia de los reyes Felipe III y Felipe IV, de la sublevación de Portugal, de Carlos II el Hechizado. No me importa, esas historias me entusiasman.

Como nadie me vigila por las majadas y las ovejas andan a su aire, dispongo de todo el tiempo que quiero para escribir este Diario y retozar con los corderillos. Y para estar yo solo viendo pasar las nubes o imaginándome cosas, que es lo que más me gusta.

La otra tarde, cuando estuvieron aquí los de mi clase con el P. Isabelo, les oí comentar que ya habían dado lo del Mínimo Común Múltiplo y lo del Máximo Común Divisor. Me parece que eso es de las últimas lecciones ya. Para qué querrán saberlo. Será que piensan ser todos directores de colegio o arquitectos. ¡Va!, a mí esas cosas no me interesan. Yo de mayor quiero ser guía de museo o algo parecido donde pueda escuchar historias raras o contárselas a otros.

A ver si me aguanto hasta final de curso sin que me echen del museo y, luego, en vacaciones, me dejan ser el Niño bizantino de ojos vivos y redonditos, pintarrajeado de rojo, que hay en una de las paredes de la ermita de mi pueblo. Creo que es primo hermano del Niño Perdido y Hallado en el Templo. Se me ocurre que podría invitar a éste a que se viniera con nosotros al pueblo. A lo mejor se quieren venir también el angelote de Juan de Juni y el S. Pedro bonachón con pinta de pescador. Entonces podríamos montar un museo por todo lo alto con otras estatuas que tiene el cura en su casa para que no las roben. Seguro que me paso unas vacaciones divinas contando todo el tiempo historias a la gente sin tener que ver ni un libro de Matemáticas. (Eso si alguien no me descubre antes este Diario y me echan a la calle) Después de vacaciones, cuando vuelva al colegio, como no habré aprobado

más que tres asignaturas como mucho, me obligarán a repetir. Y en las primeras clases del P. Isabelo, que ya le falla la vista, me volveré a subir a la hornacina del museo. Allí puedo hacerme mayor, que aún hay otros muchos personajes que todavía no he sido.

Tuve que repetir ese curso, claro. Por lo que acabo de leer en el Diario y algo que recuerdo, ese año no aprobé más que Historia del Arte - seguramente con sobresaliente-, alguna otra Historia y, quizás, Lengua Española. Y menos mal que no me expulsaron por zote, como a otros. Saque los cursos, aunque con muchos pelos en la gatera, y a la vez seguí siendo en mis sueños de adolescente insatisfecho casi todos los personajes que habían buscado cobijo -como yo- en el pequeño museo colegial porque las Matemáticas siguieron sin gustarme. Y la comida. Y las órdenes y castigos de los mayores. Y los eternos y aburridos estudios, verdaderas torres de marfil a las que mi desbocada imaginación abría ventanas a través de aquellos cuadernos-Diario que acogían sin burlarse mis confidencias más disparatadas. Ya en el curso último, como culmen a mis quimeras de rata de museo, decidí ser ¡in San Agustín de Hipona al que había mirado hasta entonces con recelo porque me parecía un personaje frío, demasiado ocupado escribiendo cosas serias en un libro abierto entre sus manos que se titulaba "Confesiones". Pero por conveniencias acabé cobijándome bajo la sombra policromada del de Hlipona. Comprendí que entre todos los habitantes del museo era el que mejor podría ayudarme a escribir mis propias confesiones, no otra cosa que ordenar y corregir los defectos de cuanto había ido emborronando sin cuidado ni estilo en los cuadernos-Diario desde cursos anteriores. Fui así durante el último curso un San Agustín esculpido en madera de pino castellano, revestido de ornamentos episcopales. Una talla de 85 centímetros de alto, del siglo XIII, según acabo de leer en la ficha artística que le acompaña, y que nunca he olvidado. Tenía unos ojos vivos y luminosos que me miraban penetrantes desde aquella peana alta de nogal oscuro. Que me miran ahora -más apagados-, recién desembalado de la caja donde ha sido transportado desde el humilde museo de mi viejo y ya abandonado colegio, en España, hasta este moderno despacho en el segundo piso del gigantesco Museo de Europa, en Bruselas, del que soy Director hace apenas dos meses. Cosas de la vida.

El libro abierto entre las manos del santo está todo él desconchado de golpes y abandonos, pero con la ayuda de la lupa pueden leerse aún, en los vestigios errantes de la tinta, algunas palabras, algunas líneas descabalgadas de sus "Confesiones". De las suyas y de las mías, porque a excepción de este primer cuaderno que acabo de leer, el que termina con las vacaciones del tercer curso, los otros dos cuadernos que logré rescatar de los baúles de la casa familiar, no hay forma de poder seguir su lectura con continuidad. Muchas de sus hojas están emborronadas, con la tinta corrida por las humedades de la casa, ya cerrada, y, quizás, por las nostalgias. Y más que la lupa es la memoria - cansada y con desconchones también- la que me está ayudando a descifrar en la distancia el brillo rebelde de la mirada de aquel adolescente insatisfecho. Un brillo que no he podido olvidar a pesar de los años. Como tampoco he podido olvidar, por la forma entre comprensiva y burlona con la que me mira, este austero S. Agustín de pino castellano, antiguo consejero y confidente.

Le tengo medio convencido para que se quede instalado en mi despacho

y, a cambio de una cuidada restauración, me ayude a continuar mis antiguas "confesiones"; o mis nuevas confidencias de simple rala de museo, como entonces, porque esto de ser Director en un museo perteneciente a la Comunidad Europea me tiene hartado de recibir todos los días órdenes y más órdenes de todos los países.

Ocurre, además, en contra de las apariencias, que este cargo rimbombante de Director es tan aburrido -o más- que aquellos interminables estudios en el colegio de mi infancia. Los días se me escapan firmando justificaciones de gastos, facturas, .facturas, más facturas, templando gaitas en reuniones con unos, con otros... Estoy hartado, sí.

Así que he decidido regresar al adolescente soñador y recuperar mis viejas artimañas. (El S. Agustín de Hipona me dedica una mirada entre complaciente y cómplice) Porque eso sí, en este museo de Europa hay fascinantes personajes de escultura renacentista o barroca, o esas colecciones de pintura moderna y contemporánea que en aquel museíto de frailes no podía haber. ¡Qué tentación! Le he echado el ojo a ese autorretrato delirante, herido, como huérfano, de Van Gogh, uno que pintó en el manicomio de Saint-Rémy en el que se le ve habitando ya los colores agridulces de la fantasía, tan luminosos, tan tiernos, tan libres... Sí, voy a comenzar por ser Van Gogh en ese autorretrato...

Aquellos días de lluvia

Lema: *Maipú*

Nada más parar el tren la vi cómo descendía con aquella maleta de cuero viejo colgando de su mano. Parecía no pesar la maleta y tampoco ella, pues se la notaba como flotante, como huida de las cosas, envuelta en aquella ropa color malva que sobrenadaba a su alrededor.

El tren solo se detuvo unos instantes, los justos para descender ella sobre el apeadero. Y en ese momento empezó a llover. Llovía de golpe. Yo nunca había visto llover así. Nada más bajar ella, la lluvia comenzó a pegar ciegamente en el apeadero, rompiendo el silencio, llevándose el canto de los pájaros. Diez minutos después pensé que todo había muerto para dejar paso al agua. Pero en realidad, la vieja estación ya estaba derruida antes de la llegada del tren. Era un convoy regional que paraba todas las tardes menos los sábados y los domingos y apenas llevaba viajeros. Nunca antes de ese día bajó nadie, que yo recuerde. Los del pueblo usábamos la estación de autobuses. Un lujo de vehículos para nosotros, que sabíamos poco de viajar. Recuerdo el día de la inauguración. Todo el mundo quería probar los asientos y el chofer nos llevó a unos pocos kilómetros y nos volvió a traer, y así hasta pudimos usar los servicios, aquel retrete pequeño como los que en tiempos del abuelo se hicieron en la cuadra. A partir de ese día, cuando teníamos que comprar en la capital viajábamos en autobús y la estación se fue cubriendo de verdín. Cerraron primero la sala de espera, luego las taquillas. Alguien dismanteló el reloj del que ahora sólo restaba la carcasa. El andén era un fantasma en medio de la neblina azul de la tarde.

Cuando empezó a llover todo se fue borrando paulatinamente para quedar sólo el ritmo del agua en los aleros carcomidos, el ritmo del agua en los raíles metálicos, el ritmo del agua, sólo eso. Y la mujer, claro. Aquella mujer del traje malva, sin paraguas ni gabán, refugiada bajo la marquesina sucia. Yo la miraba desde el otro lado de las vías. La había cruzado para ir a la farmacia. Otra vez mi madre sufría de jaquecas y pasaba noches enteras desvelada. *Ve, me dijo. Trae aspirinas, el dolor me va a matar.* Yo no la creí porque mi madre siempre se estaba muriendo de algo, cuando no de migraña, de taquicardia, del más simple catarro. Por eso siempre había de todo en los cajones de la cómoda, desde antibióticos a calmantes pasando por analgésicos, antihistamínicos... Una verdadera botica los cajones de su cómoda. Así que fue una casualidad que precisamente esa tarde no quedasen aspirinas y yo estuviera allí mirando a la mujer de malva, escuchando el ruido frenético de la lluvia que golpeaba y golpeaba. Allí, en la vieja estación, mientras el tren se iba sin sonido alguno, o eso me pareció, porque el sonido sólo era el de la lluvia.

Recuerdo que después llovió muchos días seguidos. Y cuando paraba, la gente apenas tenía tiempo de preguntarse qué era aquello, cómo podía llover de tal manera si en la comarca se contaban como lluviosos quince días anuales. Pero cuando unos a otros venían a inquirir sobre el pormenor, ya otra vez comenzaba a caer agua. Las calles se habían ido encharcando. A ambos lados de las calzadas corrían regueros que no tardaron en ser pequeños ríos y más tarde casi lagunas. Los empleados públicos andaban calando la piedra para lograr un drenaje más eficaz. Pero cuando todo aquel agua se empezó a llevar las hojas de los eucaliptos, las rejillas de los sumideros se atoraron y el agua alcanzó a ser el único camino posible para los viandantes.

Yo guardaba en el corazón un extraño miedo que ni siquiera me atrevía a confesar. Creo que era el mismo que agarrotaba la garganta de todos. Mi madre, que, extrañamente, no tuvo dolor de cabeza en la última semana, iba y venía a casa de los vecinos y se perdía en disgregaciones y murmullos que acabaron enfadando a mi padre.

En cambio, cuando yo quise saber quién era aquella mujer, nadie supo darme razón. Es más, en casa me dijeron que no había venido nadie con aquel tren. Como si todo fuese un mal sueño y yo no supiera distinguir la realidad dentro de mi cabeza.

- La he visto - insistí yo, tercamente -. Estaba en la estación y no tenía paraguas. Llevaba un vestido malva, parecía un fantasma.
- Eso es por la lluvia - dijo mi padre sin que aquello tuviese conexión alguna con mi pregunta.

Las calles estaban convirtiéndose en caminos de fango. Yo veía las goteras que amenazaban la escuela y el nerviosismo de la señorita Virtudes taponando aquellos orificios del techo. A veces, hasta lloraba al no lograr nada, o no daba abasto de un sitio a otro colocando barreños y latas para que cayese el agua sin dañar el suelo de madera. Yo miraba todos los días el camino que tan hermoso se ofrecía antes; y contaba una a una las macetas que ya no estaban en los pretilos; y veía los arriates arrasados, deshojadas por el agua las llores ya emergentes a esa altura de abril; y observaba la desaparición de las lilas; y me daba cuenta de que las mujeres habían cerrado ventanas y puertas y los niños no jugaban en los patios. Todo normal bajo la lluvia, como seguramente ocurría en otros lugares del mundo aunque en el pueblo nunca lo hubiésemos vivido. Mi padre lo consideraba así, todo normal. Pero yo sentía el hielo de la premonición que cubría poco a poco el pueblo.

A la tercera semana de llover hubo un desprendimiento de tierras y la carretera quedó cortada. Mi madre me prohibió acercarme a la escuela porque no cruzase la zona. El edificio escolar se hallaba en el promontorio del corrimiento y la misma señorita Virtudes hubo de abandonarlo a su suerte. De modo que yo pasaba los días aburrido de aquí para allá y mi único entretenimiento consistía en escuchar los rumores. El sitio idóneo: la tienda del tío Paco, al que llamábamos *El Caramelos* porque en el rótulo de cristal negro con letras blancas lo decía, "Caramelos Paco". Allí estaba Imelda, la mujer de Paco, un noticiario parlante. Lo que no sabía, se lo inventaba con rapidez. Y por las conversaciones de Imelda con las otras mujeres supe que era cierto. Había llegado una mujer al pueblo. Entonces pregunté, pero nadie me dio noticia. Dijeron no conocerla. Que quizá era una compradora para la casa del hondón, eso dijeron. Yo no les creí. Cómo iban a comprar aquella casa, en ese lugar que abría el camino al cementerio y en el que nadie con sentido común podría vivir. Por Imelda supe que la vivienda, además, tenía su maldición. Por eso las gentes bordeaban el camino, evitando cruzar la verja que separaba los abandonados jardines. Por lo visto, había sido de una familia rica, una que fue dueña de todo el pueblo. La hija se embarazó un buen día y se marcharon de allí después de vender todas las tierras. Sólo había quedado la casona, la cual nadie quiso. Claro, *luego de morir el viejo...* susurró la mujer del Caramelos. Y añadió un relato misterioso sobre la muerte del cacique,

tras la deshonra de la familia y aquel hijo del que nadie volvió a saber.

La historia resultaba incomprensible para mis quince años, quizá porque ocurrió un poco antes de nacer yo. Ahora nadie armaba escándalo por el embarazo de una soltera. Pero Imelda dijo que era por la clase. Las personas de clase tenían que portarse de otra forma. Y algo agregó sobre la moral, palabra que ya me sonaba de haberla escuchado en casa y cuyo significado tampoco entendí.

Con todo, el pueblo cambió por completo en aquellos días, los únicos lluviosos que logro recordar de mi vida. Y si bien hubo quien habló del agua como una bendición, creo que la tonalidad gris que llegó a tener diariamente el cielo oscureció también la mirada de los habitantes del lugar.

Para que no perdiéramos las clases, la señorita Virtudes nos empezó a reunir en su propia casa. Tenía un zaguán muy grande, que en algún tiempo debió servir para entrar por allí los coches de caballos. La señorita Virtudes nos hizo llevar una silla a cada uno y escribíamos sobre la carpeta de cartón apoyada en nuestras rodillas. Pero mi madre mostró una peculiar resistencia a dejarme ir y supuse que era por el camino. Yo debía recorrer una gran distancia y, si quería acortarlo, no tenía más remedio que cruzar el hondón. Por fin se decidió que el cartero me llevaría en la camioneta cuando repartiera la correspondencia, lo que acabó despertando las envidias y a mí me alivió la mojadura.

Uno de aquellos días, bajando del transporte de correos, vi nuevamente a la misteriosa mujer.

Esta vez llevaba paraguas, pese a vestir aún el atuendo de aquel color que yo nunca había sorprendido en otras mujeres del pueblo. Me asustó que viniera por el camino de mi casa y aunque quise acelerar el paso acabé encontrándola de forma irremediable. Entonces me di cuenta de la tristeza de su rostro, de su boca apenas dibujada, como si las nubes también se hubieran aposentado en el fondo de su alma y viviese por dentro una lluvia perenne que se prolongaba en sus manos, en el suave movimiento de sus caderas. Han pasado muchos años desde aquellos días y sin embargo recuerdo claramente la tonalidad de sus ojos y la voz con que, de repente, se dirigió a mí.

- Hola, Marcos, ¿vienes de la escuela?

El terror atragantó las palabras en mi reseca garganta. Dudé, incluso, de que ella fuese real y me pareció absurdo que me conociera o, al menos, supiera mi nombre sin que yo tuviese noticia del suyo.

Pero tampoco esperó la respuesta. Mirándome fijamente, con una expresión de dolor y alegría al mismo tiempo, una expresión que nunca más he vuelto a ver en ninguna otra mirada, pasó su mano por mi mejilla sin detenerse, y se marchó de la misma forma, dulcemente, llevándose a la boca los dedos con que había rozado mi rostro.

Todavía turbado por el encuentro, entré en la cocina de casa a tiempo de

ver cómo mi madre tapaba su tarro del dinero, lo volvía a colocar en la repisa más alta de la alacena y me miraba con un aleteo culpable en las pestañas. No sé por qué entendí que no debía preguntarle nada. Quizá supe con toda certeza que ella no iba a responder.

El día siguiente me despertó con un revuelo de sol en la esquina de la almohada. Llevaba muchos días que no veía acurrucarse allí la luz. También me sorprendió el canto de los pájaros y abrí las contraventanas recordando la vieja historia del Arca de Noé y pensando que por algún sitio estaba la paloma con su rama de olivo en el pico. Me quedé pasmado ante un cielo límpido y azul. Ni una sola nube enturbiaba el paisaje. Y mi madre, resplandeciente, me llamó desde abajo en medio del olor a café recién hecho para anunciarme que la cabra, por fin, había parido un par de hermosos cabritos. Nada más asomarnos a la cerca, la vecina nos comunicó que a ella le habían puesto las gallinas de golpe aquella noche, después de muchas semanas sin llenar los ponederos.

Decidí ir andando a clase y al doblar el recodo del camino me di cuenta de que unas máquinas maniobraban en la casa del hondón. *El ayuntamiento va a tirar la casa*, dijo Imelda después, cuando me detuve a comprarle caramelos en el regreso. Y agregó con un susurro temeroso: *Se ha ido por fin. Esta mañana la han visto coger el regional*. No participé de aquel escalofrío. Creí tener la certidumbre de que solo era una mujer triste a quien la vida había tratado mal y no encontré nada extraño en todo aquello. Repentinamente, rechacé las supersticiones que en un principio me llevaron a augurar toda suerte de calamidades. Lo cierto es que la mujer se marchó, la casona del hondón fue derruida y mi madre me anunció aquel mismo día que había conseguido ahorrar suficiente para que yo pudiera estudiar bachillerato en un colegio de la capital. El mundo, como un eje gigantesco, volvía a encajar empujando la rueda que movía nuestras vidas.

No sé por qué, pero todavía no ha desaparecido de mi memoria ese rostro tan dulce y dolorido y el roce de aquellos dedos trémulos en mi mejilla, como si el gesto hubiera llenado un hueco de mi vida que antes no tuvo sentido. También recuerdo sin acertar razones la mirada huidiza de mi madre mientras tapaba el frasco del dinero.

Pero quizá las cosas sean distintas cuando se contemplan a través de la lluvia.

El Peregrino

El converso Gilberto de Montiel asistía aterrizado a la escena que ante sus ojos se desarrollaba. Finalizaba su etapa de novicio acompañando a su preceptor, el limosnero de Silos, en su habitual obligación. Un sol espléndido caía sobre los muros de Santa Gadea, mientras en su puerta, bajo el arco porticado, Rodrigo Díaz, ante el crucero de un cerrojo exigía soberbias juras al rey castellano. Nunca el silencio pareció tan espantoso, ni nunca, en toda su vida, olvidaría ese agónico momento... La ira regia como resultado final ...

Fray Gilberto de Montiel fue ordenado por el propio abad, Domingo de Silos, apenas unos meses después. Luego, cuando en diciembre de ese fatídico año de 1073 moría tan excelso hombre, Gilberto de Montiel sintió tanta angustia que hasta llegó a dudar de su nueva convicción. Así que en un intento de alejarse de ese loco mundo que apenas entendía, buscó refugio en el estudio y la oración; a sus 19 años había visto mucho más de lo que nunca hubiese querido ver. Y así, en el silencio *del scriptorium*, transcribiendo el saber del pasado, pareció encontrar la razón para su nueva vida y su fe.

En ese quehacer, el tiempo discurría de forma plácida e indolente. Cantos, rezos y trabajos parecían presuponer que ya nada podría turbar la quietud del benedictino. Y tal vez hubiera sido así de no ser porque Dios nuestro Señor le tenía reservado para una más excelsa misión.

Todo comenzó con la llegada al monasterio de aquel enigmático personaje. Se llamaba Guillermo de Reims y venía directamente de Cluny, al parecer con órdenes emanadas del propio Hugo, el gran Abad. Tomó aposento en celda privada, donde hasta el condumio se le servía, algo verdaderamente inusual. De modo que un aura de intriga y misterio acompañó desde su llegada al enigmático franciscano. Le sorprendió, pues, su inesperada aparición:

-¿Cómo os llamáis? - preguntó fray Guillermo de Reims.

-¡Gilberto! ¡Fray Gilberto de Montiel!

-Muy bien, fray Gilberto. Tengo permiso del abad para consultar los libros del monasterio ¿Alguna duda al respecto? ¿Alguna objeción?

Negó con la cabeza el joven fraile mientras con su mano, sumisamente, le hacía una indicación dirigida hacia el lugar donde las estanterías amontonaban su saber.

Hubieron de sucederse días de investigación y estudio donde el intruso no cesaba de buscar y buscar. Tendría esa edad indefinida donde la madurez ya apunta canas pero las fuerzas todavía acompañan al cuerpo y al ser. Apenas hablaba sino para preguntar la procedencia de algún infolio o la ubicación de determinada obra o traducción. Sus ojos eran penetrantes y su rostro agraciado. Pronto fray Gilberto tomó cierta simpatía hacía él, curiosamente lo contrario de lo que aconteció con los otros frailes del lugar. Su curiosidad no parecía tener límites, todo lo miraba, todo lo leía. Pero la búsqueda parecía no hallar respuesta. Mientras, en el quehacer del monasterio, los rumores crecían y la vida se deterioraba ¿Quién era ese hombre? ¿Qué había venido a buscar en Silos? Las huestes de Don Alfonso visitaban ahora más a menudo el monasterio y se mostraban cada vez más

insolentes hasta con el propio Abad.

Se produjeron cambios en el *transcriptorium*. Excelsos copistas fueron retirados incorporándose nuevos frailes que mal dominaban el latín. Fray Gilberto asistía incrédulo a estos cambios sin que su inexperta mente llegara a comprender. Luego, cuando el enigmático monje le abordó, todo vino a precipitarse de forma malévola y oscura :

-Tengo que hablar con vos, fray Gilberto.

-Cuando vos queráis, Fray Guillermo, estoy a vuestra disposición.

-No entendéis, tengo que hablar con vos en el máximo secreto. Es una cuestión vital.

Fray Gilberto no salía de su asombro ¿Cómo pretendía que hablaran en privado vulnerando las más elementales reglas del monasterio? Los frailes dormían en habitaciones comunales y vestidos, carecían de intimidad y estaba prohibido cualquier tipo de privacidad. Además, fray Guillermo de Orleáns ocupaba celda privada en el ala reservada al Abad. Era imposible ...

-Os espero en mi celda esta noche, entre vísperas y maitines. Vos debéis encontrar el momento oportuno ¿Lo haréis?

Mudo por la impresión fray Gilberto no contestaba. Aquello superaba sus fuerzas, escapaba a su control. Los ojos de fray Guillermo, como dos bolas de fuego, penetraron los suyos mientras su rostro se contraía con una mueca de opresión ¿Lo haréis? Volvió a silabear. El joven fraile, por toda respuesta, huyó aterrorizado...

Los rezos de vísperas le habían hecho temblar. La capilla estaba fría y el vaho de los alientos incrementaba la lóbreguez. Al terminar todos volvieron a sus catres y pronto las pautas de la respiración y los ronquidos le indicaron que los frailes dormían. Se levantó con sigilo y salió del dormitorio común. Cuando llegó ante la celda de fray Guillermo su corazón latía descompasadamente. Empujó la puerta y esta cedió. Después una mano poderosa tiró de su brazo y se vio en el interior:

-Escuchad, fray Gilberto -comentó en un susurro fray Guillermo mientras se llevaba la mano a la boca en un expresivo gesto de silencio-. En unos días saldré de Silos con destino a Roma, vía Cluny. Debo llevar hasta su santidad Gregorio VII los documentos que buscaba y que por fin he hallado aquí. Es algo de enorme importancia para la cristiandad. Pero me temo que el camino estará sembrado de peligros. Las fuerzas del mal acechan en cada recodo, y los intereses del diablo tratarán de impedir esta misión.

Fray Gilberto escuchaba asombrado sin alcanzar a comprender ¿De qué documentos le hablaba? ¿Qué podía haber encontrado en Silos que fuera tan importante para la cristiandad? Y sobre todo, qué papel jugaba él, un cristiano nuevo sin apenas experiencia, un humilde copista perdido en el más recóndito de los monasterios de la cristiandad:

-Recordáis la jura de Santa Gadea -pregunto fray Guillermo.

-Cómo sabéis que estuve allí.

-Eso no importa. Lo que importa es lo que visteis ¿Recordáis?

-Vi jurar al rey Don Alfonso VI su inocencia en el asesinato de su hermano, el malogrado rey de castilla, Don Sancho II -respondió.

-¿Sólo eso? Entonces no visteis lo principal, fray Gilberto. No visteis como la autoridad temporal puede ser manejada por la fuerza de los hombres ni como esta puede disminuir a la autoridad espiritual.

Fray Gilberto cada vez comprendía menos:

-Escuchad, fray Gilberto -decía el de Orleáns-. Nuestro Santo Padre está decidido a devolver a la Iglesia el poder espiritual que le corresponde. La intromisión del Emperador en los asuntos eclesiásticos es cada vez más ostensible. El obispado es ya parte de ese poder temporal. La política y la guerra han usurpado nuestro papel... Pero aquí, en Silos, he hallado lo que durante tanto tiempo busqué. Son infolios de muy remota antigüedad donde se establecen claramente todos los postulados que legitimaban la independencia de la Iglesia del poder secular y la autoridad soberana del Papa sobre el orbe espiritual.

-No entiendo -manifestó fray Gilberto-. Y qué puedo hacer yo.

-Mi joven fraile -contestó fray Guillermo-. Su santidad Gregorio VII ha excomulgado al Emperador Enrique IV. Y aquí, en Silos, tenemos los documentos que legalizan esta acción ¡Es vital que lleguen a Roma! Y por eso nos tenemos que asegurar. Vos no sois conocido fuera de aquí, y sois, además, un magnífico copista. Haréis una copia de las Decretales que os entregaré. Después vos partiréis en peregrinación a Santiago. Vuestro Abad ya ha recibido órdenes al respecto. En realidad vuestra misión consiste en alcanzar el mar y desde allí llegar a Cluny con el documento original. Yo partiré con la copia que me facilitéis por el camino navarro. Y aunque caminaremos juntos hasta Burgos, allí nos separaremos. Carecerá de importancia el que llegue yo. Lo importante es que vos lo hagáis.

Impresionado ante tal declaración el benedictino apenas atinaba a balbucear:

-Cuando partiremos.

-Estad preparado. Cualquier momento puede ser el adecuado.

El momento adecuado fue después del rezo de la hora prima de un crudo día de enero del año del Señor de 1076. Las tinieblas abatían el camino y la extensa capa de nieve crujía bajo los pies. Los dos monjes caminaban acompañados de una acémila que transportaba sus escasas vituallas. Tenían previsto llegar a Burgos en pocos días. Pero pronto quedó claro que el hombre propone y Dios dispone. Las nevadas se sucedieron copiosas y los senderos se volvieron irreconocibles. Ambos frailes pronto se encontraron deambulando por páramos desiertos y helados. Los alimentos disminuían a ojos vista y la marcha se trocó en un suplicio, medio congelados manos y pies. Así que todo parecía

perdido cuando el humear de un chamizo les ofreció una posibilidad de salvación. Encaminaron, pues, sus pasos hacia él. Cuando llegaron alguien estaba a su puerta Mudos quedaron ambos al ver el saludo que les dedicó! La mano del individuo pasó alternativamente del pecho a la boca y a la frente: no cabía duda, estaban ante un sucio infiel.

La hospitalidad sarracena, empero, les resultó proverbial. Les ofreció techo, alimentos, calor, informándoles, además, de que se encontraban en el reino de Zaragoza donde la hospitalidad de su Señor era proverbial ¿Tal vez podrían continuar su camino hasta la capital y esperar allí mejores tiempos para continuar con su misión?

Sopesaron la situación y decidieron que Fray Guillermo de Orleans se dirigiría hacia Zaragoza, pasando después al reino de Aragón para intentar cruzar los Pirineos por Roncesvalles. Fray Gilberto, en cambio, debería volver para retomar el camino de su peregrinación. De modo que apenas unos días después ambos se separaron en un silencioso abrazo:

-Recordad -musito fray Guillermo-, es esencial que vos lleguéis.

Habían transcurrido tres meses desde su salida de Silos cuando pudo avistar los muros de la ciudad de Burgos. Para entonces fray Gilberto ya sólo era un despojo de lo que fue, un mendigo que vivía de la caridad ¡Ni rastro quedaba de su hábito original! Por otro lado su juventud y miseria hacían increíble su condición: destrozados sus piernas y pies, flaqueantes sus fuerzas, tomado por la persistente tos, era un alma deambulante al que sólo mantenía una obsesión: cumplir con su misión.

Quiso descansar en la iglesia catedralicia, pero estaba abarrotada. Necesitaba cuidado, comida, descanso. Entró en una taberna. Le pidieron por adelantado un dinero que no tenía y le echaron a patadas de allí. A traspiés llegó hasta el bosque situado en las afueras, y allí se sintió desfallecer.

Cuando despertó a la vida se encontraba junto al fuego del carromato de un buhonero. Junto a él, un anciano asaba alguna carne ¡Dios, olía tan bien!

-¡Vaya, al fin despertasteis!

Fray Gilberto comió glotonamente lo que el buhonero le ofrecía, y así, un par de días después, se encontraba tan recuperado que su ánimo le impulsaba a retomar el camino. Pero el viejo le aconsejó sensatamente animándole a compartir su carromato a cambio de algunos servicios. Él aceptó.

Las semanas posteriores cambiaron al joven correcominos. Llegaban a los pueblos, montaban su tenderete y hacían el mercado. Él practicaba emplastos y utilizaba las hierbas que su saber le permitía, de modo que tomó cierta fama como curandero. A la vez, a medida que se acercaban a Santiago, podía comprobar el ostensible aumento de la vigilancia. Las patrullas recorrían caminos, plazas y mercados. Los clérigos y edificios eclesiásticos eran vigilados con una saña especial. Fray Gilberto se sentía estremecer ante su presencia, de

modo que cada vez ocultaba más su condición, algo que no pasó desapercibido al viejo buhonero que de ese modo comenzó a recelar.

-Gilberto, cómo es que un joven como vos no busca nunca la compañía de alguna mujer. Es que acaso no os pica la necesidad.

El joven fraile evadía como podía estas preguntas, refugiándose en su trabajo y una máscara de taciturnidad. Era consciente, no obstante de la perfecta cobertura que le brindaba el buhonero ¡Que otra cosa más natural que un buhonero y su joven ayudante haciendo su negocio en el camino de Santiago! ¿Quién podría sospechar?

Era anochecido y el calor que despedía el fuego se agradecía sobre las manos y los pies. Para entonces los rumores ya se habían extendido: en Santiago la peste azotaba a los peregrinos.

Fray Gilberto había tenido noticias de la enfermedad, pero aún no había visto a ningún enfermo. No obstante estaba hondamente preocupado. Si el viejo decidía detenerse hasta que pasara el peligro ¿Qué haría él? ... En esas andaba cuando el buhonero le sorprendió:

-Gilberto, mirad lo que os traigo.

Se sobresaltó el interpelado. Luego, a través de la penumbra, la vió. Era muy joven. Estaba delgada y sucia; y cubría con unos harapos su evidente desnudez. Luego, cuando la acercó hasta el fuego, observó un rostro resignado no exento de belleza y candidez.

-¡Oh, no os preocupéis, Gilberto, es el pago de algunas mercancías que he dejado a un patán labrador!

Los ojos del buhonero le penetraban. Le estaba poniendo a prueba, y él lo sabía. Les encaminó hacia el carromato: "Id, id, yo estaré bien".

Fray Gilberto se encomendó a su santo patrón. Oraba en voz baja; suplicaba y sudaba pese al frío reinante. La muchacha, en cambio, permanecía tranquila. Una vez en la carreta, le miró a los ojos y de forma natural se despojó de sus ropajes. Él quedó paralizado, mudo de la impresión. No podía separar su mirada de aquellos menguados senos. Después sintió que las manos de la muchacha acariciaban su pecho y le despojaban de sus ropas. Sus sentidos se embotaron produciendo en su interior una sensación exuberante, incontenible, como si estuviera a punto de estallar. Se abandonó a sus deseos. Cuando amaneció fray Gilberto se sentía desorientado, como un maldito pecador satisfecho pese a todo de su caída en la tentación.

El buhonero decidió permanecer en el campamento hasta que la peste remitiera. Él partió acompañado por la mujer. Sus mínimas pertenencias quedaron como pago en poder del chamarilero. Todas menos aquel documento que ocultó bajo su pecho.

La peste era muy maligna y contagiosa. Prendía con secas, tumores y carbunclos en ingles, gargantas y debajo de los brazos, pulsos desordenados con sudores y vómitos.

Los infectados morían a los pocos días.

Fray Gilberto notó la quemazón de la fiebre al poco de partir. Luego apareció el tumor en la garganta y las bubas en los sobacos. Consumido en su delirio, aferrando las manos de la muchacha, tenía algunos momentos de lucidez:

-Soy fraile - le dijo-. Un mal fraile... pero aún así ...

-¡Lo sé! Supe desde el primer momento que erais eclesiástico - contestó la mujer.

-¡Escuchad! Hay algo que yo debería hacer, pero que ya no podré -jadeaba entre el sudor y las convulsiones-. Es algo de la máxima importancia. En mi zurrón encontraréis un pergamino ¡Cogedlo! ... ¿Lo tenéis? ... Bien, escuchad, es absolutamente preciso que llegue a poder del cabildo santiagues. Ellos sabrán qué hacer después.

La muchacha asentía llena de consternación.

-¿Lo llevaréis? ¿Haréis esto por el bien de la cristiandad?

Fray Guillermo de Montiel, atormentado y arrepentido de su debilidad y sus pecados, abandonó este mundo once meses después de su salida de Silos, sin haber podido cumplir con su misión. Inmediatamente después, sin tan siquiera dar cristiana sepultura al cuerpo de su espúreo amante, la joven inició su propia misión.

Algún tiempo después, cuando volvió de nuevo al campamento, el viejo buhonero le sonrió:

-Teníais razón, padre -dijo mostrándole el documento-. Este era su secreto.

El viejo buhonero tomó el pergamino y lo desenrolló para leerlo lentamente. Después rió con jocosidad:

-Sin duda alguna las huestes de su Majestad pagarán un buen precio por él - comentó-. Oscuros y tortuosos son los caminos del Señor! -, sentenció regocijado mientras doblaba el documento... ¡Alabado sea Dios! ...

Por aquellos días fray Guillermo de Reims llegaba a Roma donde pudo hacer entrega a su Santidad del importante documento. La suerte de fray Gilberto, su inocente señuelo, apenas le mereció ninguna consideración. Al fin, qué podía significar tan insignificante sacrificio por el bien de la Iglesia, sólo un alma más en el seno del Señor ...